

“Finalmente, un [nigeriano] que iba de camino llegó... Pues bien, ¿cuál de estos hombres te parece que fue el prójimo del que extravió su cartera?” [\[1\]](#)



Dos vecinas felicitan al más famoso "vendedor de pañuelos" de Sevilla | FOTO: ELMUNDO.ES

([JORGE FERNÁNDEZ](#) , 10/12/2014) | En una semana llena de evocaciones a la solidaridad, en la que también hemos celebrado el Día Internacional del Voluntario y el Día de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, permítanme que me detenga a rendir homenaje a uno de los personajes de esta semana.

Ni siquiera sabemos su nombre [\[2\]](#) . La prensa destacó la excepcionalidad de su comportamiento ético y le hemos visto contando su testimonio por la tele. Pero no sabemos ni tan siquiera como se llama. Una descortesía inadmisibles, por parte de la prensa que, sin embargo, y quizás por ese anonimato, le confiere categoría de símbolo.

Ética de la fe

. De eso se trata, aunque probablemente él no sabría definir ese concepto teológico.

Solo es un “vendedor de pañuelos”, y “un inmigrante nigeriano”, que [hizo algo extraordinario](#) : Entregó a la policía un maletín lleno de dinero —con más de 3.000 euros en efectivo y otros 10.000 en cheques—que un empresario sevillano olvidó en el techo de su coche, arrancando sin advertir la gravosa pérdida.

Sorprendido por la repercusión causada por un acto, que para él parece absolutamente normal, el vendedor de pañuelos relata los hechos. “El dinero no era mío”, explica a los periodistas, como si ese debiera ser un argumento más que suficiente.

El anónimo “inmigrante nigeriano” no parece ser consciente de que, con un acto tan sencillo como el suyo, puede estar contribuyendo a desmontar de un plumazo el injusto e infame tinglado de prejuicios racistas, sostenido todavía por unos pocos desaprensivos en nuestro país, que confunden deliberada y maliciosamente inmigración con delincuencia.

Su exhibición de honestidad no solo pone en valor la calidad humana del pueblo nigeriano... En realidad... todos estamos en deuda con él.

Porque, no nos engañemos... La incredulidad de los policías y de los periodistas ante el “insólito” hecho, no hace más que poner en evidencia la realidad de nuestra condición humana, y la pérdida de valores que sufre nuestra sociedad, que convierten una acción que debiera ser normal, en algo tan excepcional e infrecuente.

